

CRONICA DE HISTORIA NATURAL

54.-Buzo vulgaris.

Las características de esta interesante ave rapaz, son las siguientes: mide de largo de 0,60 a 0,69 y de 1,37 a 1,60 de anchura de alas; la cola de 0,22 a 0,25; su color varía de uno a otro ejemplar y es difícil encontrarse con dos individuos semejantes. Los unos son de un pardo negro uniforme excepto la cola que es alisada, otros tienen el pecho y las nalgas, de un tinte pardo y el resto del cuerpo, de un pardo claro con manchas transversales.

El Buzo Vulgar habita una gran parte del Asia y de Europa. En nuestro País sólo se le ve de paso. Quedan contadas parejas hacia los meses de marzo y abril para marcharse a fines de noviembre. Son conocidos con los nombres vascos de "Basokapon" en Alava y Vizcaya y "Zapelaitza" en Guipúzcoa y Navarra. Se les ve durante dichos meses de la primavera en lo más alto de los campos y praderas a poca distancia de los bosques donde se cobijan y ponen sus nidos.

Una vista acostumbrada reconoce al momento cuando estas rapaces están posadas en la punta de los grandes postes de telégrafos o árboles sin hojas, donde, cachazudamente, sin moverse de su primitiva postura durante muchos minutos están en plena actividad. Por lo general se las ve con las alas recogidas, apoyándose en una sola pata, doblada la otra y oculta debajo del plumaje.

La altura donde se posan les sirve de observatorio; examinan su dominio y nada se escapa a su vista ni hay cazador, por mucho que sea, que se arrime a tiro con su escopeta, puesto que además de prevenirse en esta forma, sus sentidos, entre ellos la vista, son extraordinarios.

Vuela muy despacio, pero con mucha facilidad sin meter el menor ruido y se cierne a menudo subiendo a poca altura para cazar. En el período del celo, remóntase a elevadas regiones, lo que no se le creía capaz.

Su grito se asemeja mucho al maullido del gato. Está en su observatorio o en el espacio, se oye perfectamente el miau... miaúu.

No fijándose un en quien lo lanza, nos atreveríamos a afirmar que el autor es un felino salvaje.

Su vista es uno de sus sentidos más perfectos y el que ha estudiado sus costumbres, se fijara que después de un gran rato de quietud en su observatorio, baja a tierra con gran suavidad y rapidez y el observador queda perplejo cuando ve que esta ave, aparece seguidamente por el aire con una gran serpiente, topo, o ratón en sus fuertes garras, desapareciendo durante algún tiempo de las cercanías habituales que constituyen su cazadero.

Como hemos visto, el Buzo Vulgar se alimenta principalmente de pequeños roedores, víboras y sobre todo de aquellos bichos que causan más daño en los campos, calculándose que para su alimento diario necesita cazar de 40 a 50 de estos animales.

Sin embargo, el gran crimen de que se le acusa por el campesino, es el de comerse algunas aves y gazapos, hecho que no se puede negar; pero hay que tener en cuenta de que sólo caza de día y su predilección son los animales que más daño causan en el campo.

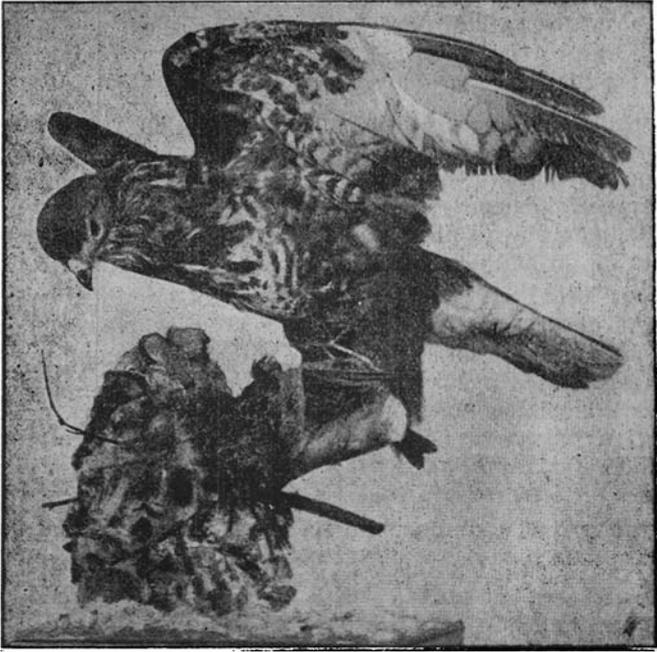
Para que el lector vea el desarrollado instinto de que está dotado esta ave para la defensa de su existencia, voy a relatar un hecho sucedido al que esto escribe y que demuestra lo difícil que resulta la caza de esta ave a pesar de la tranquilidad y despreocupación que demuestra tener, en los lugares por ella elegidos.

El que no conoce sus costumbres y ve a esta rapaz tan quietecita posada en lo mas alto del lugar que ella controla, está en la seguridad de que un experto cazador puede acercársele con su escopeta a la suficiente distancia para alcanzarle con un tiro hábilmente disparado.

Pasaba yo varios días de una alegre primavera de mis años mozos, en un bonito y pintoresco valle de las cercanías de mi pueblo. Allí aparecía esta rapaz posada en un poste alto de telégrafos, elegido sin duda como observatorio.

Aficionado a la caza como yo era e ignorando al mismo tiempo la vida y costumbres de esta ave, decidí cazarla, en la seguridad de que me sería fácil arrimarme a tiro con mi escopeta, pero cuando más confiado me hallaba en ello, el ave, con mucha suavidad y mansedumbre, arrancaba su vuelo y se trasladaba a los bosques vecinos.

Ofendido en mi amor propio y viendo que la rapaz aparecía todos los días en el mismo sitio, decidí examinar los alrededores del punto donde se posaba y hallando un zarzal apropósito, me di-



rigí a este lugar al amanecer de una mañana, colocándome con mi escopeta dentro del zarzal elegido y preparado de antemano.

A los primeros rayos del sol, ya se oían los maullidos de gato lanzados por la pareja de buzos que sin duda bajaban a cazar de los bosques en que se retiraban de noche; como es de suponer mi nerviosismo era muy grande y les esperaba con mucha ansiedad, pero las rapaces tardaban en llegar, para posarse en el lugar acostumbrado.

Por fin sus maullidos me parecían más cercanos y de un momento para otro esperaba la presencia de uno de ellos posado en la punta del poste habitual, para lo cual preparé mi escopeta y esperé con los gatillos levantados; pero, ¡cuál sería mi sorpresa al ver que, sin el menor ruido que denotara su llegada, me encontré que sin darme cuenta se había posado ya uno de ellos en el poste que le servía de observatorio.

En este momento tuve la serenidad de no dispararle de seguido,

puesto que notaba que el buzo estaba nervioso y vigilante, en observación para luego confiarse; sus movimientos no eran rápidos, pero sus ojos y sentidos parecían estar muy despiertos y cuando la rapaz se mostró tranquila, le disparé un primer tiro que bastó para que cayese herida cerca del zarzal donde yo me ocultaba.

Este momento fue de gran emoción para mí y saliendo de mi escondite, fui a apoderarme de la pieza. No opuso resistencia al cogerla, por lo que creí que el tiro le bastó para que muriera poco después; pero cogiéndola de nuevo y examinándola más detenidamente, ¡cuál sería mi alegría al ver que la herida sólo la tenía en la punta de un ala y la podía curar con facilidad para conservarla en cautividad!

Con la alegría que es de suponer coloqué la ave en uno de mis brazos mientras por los hombros me colgaba la escopeta y me dispuse a regresar al pueblo. Pero en este momento la rapaz toda furiosa, se precipitó contra mí con tal coraje y energía que me clavó sus grandes garras, desgarrándome antes un fuerte chaquetón y llegando sus zarpas a herirme de alguna consideración en el vientre.

Mi reacción en este momento fué el de rematarla inmediatamente, como así lo hice.

Al regresar a mi pueblo con la rapaz muerta y todo pesaroso por mi precipitación al darle muerte tan repentina, pensé en dirigirme con ella al Ayuntamiento de un cercano pueblo donde acostumbraban presupuestar algunas pesetas con destino a premiar la captura de toda clase de aves de rapaña.

Llegado a dicho Ayuntamiento, donde como domingo sus concejales estaban reunidos en sesión, fui recibido por ellos y explicados mis deseos de recibir el premio acostumbrado, examinaron detenidamente la rapaz y acordaron premiarme con tres pesetas, puesto que esta cantidad era la destinada para este objeto, olvidándose de quedarse con una pata del ave que es costumbre retenerla en estos casos, para demostrar que el premio asignado a la rapaz se había hecho efectivo.

Viendo que todavía podía explotar el pequeño negocio de los premios, y teniendo en cuenta que la rapaz continuaba en mi poder conservando las dos patas, me encamine a otro Ayuntamiento también cercano y decidí presentarme a él, llegando a tiempo, puesto que todavía no había terminado el "Batzar" de los concejales. Estos, como los del primer Ayuntamiento, elogiaron mi hazaña de experto cazador y dándome la enhorabuena, acordaron tam-

bién hacerme efectivas las tres pesetas destinadas como PREMIO A LA DESTRUCCION DE ESTAS PERJUDICIALES AVES.

Con la rapaz entera sin que le quitaran ningún miembro como señal de premio cobrado, regresé a mi pueblo triste y pesaroso de haber dado muerte a un ejemplar de Buzo tan hermoso e interesante. A mi llegada, tuve que curarme de la peligrosa herida que el Buzo me causó en el vientre, no habiéndome ocurrido cosa más grave por la defensa que me prestó el grueso chaquetón que llevaba aquella fresca mañana.

Después de haber pasado muchos años de haber ocurrido lo relatado, no he dejado de recordar este episodio de caza, pensando en la ignorancia que viven muchas personas respecto a estas aves, contándose el suscrito entre estos últimos en la época señalada.

Estas aves que tantos beneficios reportan a nuestros labradores debieran de ser protegidas por causa de los muchos bichos que devoran, y tenerlos señalados con sus nombres y señas en todos los municipios rurales, para imponer castigo al que se dedique a destruirlos.

Para que el lector se fije cuánto bicho perjudicial devora esta rapaz, voy a exponer algunos datos por los cuales se ve que esta ave merece ser protegida como lo son las lechuzas, los buhos, etcétera.

Calculando que sólo un Buzo necesita para su alimentación diaria de 25 a 30 roedores, serpientes, topos, etc., multiplicados éstos por 365 días, alcanza la bonita cifra de unos 9.000 bichos perjudiciales que destruye al año. Este cálculo resulta triplicado sólo con la protección que se le puede prestar a una pareja de estas aves instalada en un valle, criando cuando menos una sola vez al año.

A fines de abril o primeros de mayo, construye el Buzo su tosco y voluminoso nido, a cuyo efecto elige un árbol muy poblado y situado en un espeso bosque, fabricándolo con ramas secas, sujetándolo por lo bajo con las más gruesas y colocando encima y al interior las más finas, rellenas de musgo y pelos de animales.

La hembra pone de tres a cuatro huevos en cada puesta, de color blanco verdoso; parece que lo cubre sola; ayúdala el macho a criar la progenie y a alimentarla.

En cautividad es un ave muy sumisa y entretenida; el suscrito, aunque joven e inexperto en la época del relato que acabo de hacer, no anduvo desacertado en tomar con tanto interés la conservación de la misma en cautiverio, pues los elogios que los expertos hacen de esta ave son extraordinarios. Sirven pues los buzos vulgares al aficionado de entretenimiento y al mismo tiempo de estudio.

Juan M. de PERTIKA